



Los tipos iconográficos de la tradición cristiana V

Los Demonios I.
El Diablo y la acción maléfica

Rafael García Mahiques (dir.)

Ediciones Encuentro, Madrid, 2019, 538 pp.

La colección LOS TIPOS ICONOGRÁFICOS DE LA TRADICIÓN CRISTIANA, ya consolidada tras la publicación de sus cuatro volúmenes anteriores en el mismo número de años, presenta ahora el quinto, que lleva por título *El Diablo y la acción maléfica*. Al tratarse del primero de los dos volúmenes dedicados a Los Demonios, el proyecto dirigido por Rafael García Mahiques afianza su vocación de continuidad en el tiempo. Así pues, cabe esperar para el próximo año la publicación de Los Demonios II, también impecablemente escrito por el principal autor del presente volumen, José Julio García Arranz.

Podría resultar sorprendente que la sistematización de la visualidad demonológica haya comportado la publicación de dos libros, como lo fue en su momento que se dedicaran tres volúmenes a los tipos angélicos (*La Gloria y sus jerarquías*, *Solicitud de los Espíritus celestes* y *La música del Cielo*). Igual que entonces, el exhaustivo tratamiento del tema por parte de sus autores, como no se había llevado a cabo con anterioridad, ha requerido de una mayor extensión. Más allá de la fascinación que puedan suscitar las imágenes dedicadas a los demonios y al infierno, el tema ha resultado en tal amplitud y complejidad que ha requerido de una sistemática clasificación tipológica y su consiguiente división en dos volúmenes.

Aunque en anteriores ocasiones –*vid. Imago*, 9 (2017), pp. 199-201– se ha puesto de relieve la importancia del proyecto que se materializa anualmente en la colección LOS TIPOS ICONOGRÁFICOS DE LA TRADICIÓN CRISTIANA, conviene especificar, de nuevo, el enfoque del mismo, consistente en la compilación de los tipos iconográficos de la visualidad cristiana desde sus orígenes hasta la época contemporánea. Al respecto, cabe reiterar la definición terminológica fundamental de la iconografía, entendida esta última como metodología propia de la Historia del Arte, y más ampliamente de los Estudios Visuales, y no como desafortunado

sinónimo de «tipo iconográfico», que actúa como eje central, tanto del método iconológico –o debería hacerlo–, como del presente proyecto. Este último concepto determina la configuración visual de un tema, es decir, su transformación en imagen. Los tipos iconográficos pueden ser, además, narrativos o conceptuales, según si la imagen se integra en una narración o, por el contrario, presenta un carácter más abstracto y atemporal. Con intención de normalizar su correcto uso entre los historiadores del arte, toda esta terminología se aplica escrupulosamente en la colección gracias al esmero de su director y al esfuerzo del equipo de investigadores que conforman el grupo APES.

En este sentido, encontramos en este trabajo una considerable diversidad de tipos iconográficos y variantes de los mismos, codificados por la tradición visual cristiana, cuya sistematización es fruto de la atención al detalle de su autor. Si bien una clasificación como la que es objeto de la colección resulta notablemente complicada, debido a la multiplicación de variantes y a la delgada línea que, en ocasiones, separa lo conceptual de lo narrativo, en el caso de los demonios el grado de dificultad es mayor. Ello es debido a la indefinición, tanto de las fuentes textuales, como visuales, al menos durante el primer arte cristiano, que impone una confusa vaguedad en el punto de partida para la determinación de la tipología iconográfica de los demonios, a excepción de la serpiente del paraíso y de las bestias apocalípticas, descritas en la Biblia.

Así pues, como en los anteriores volúmenes, se hace imprescindible una introducción teórica sobre «La demonología cristiana» –y no cristiana, pues tiene en cuenta la tradición clásica, hebrea, egipcia e incluso zoroástrica. La variedad demonológica con la que se encuentra el cristianismo se va a reducir considerablemente hasta el punto de identificar en uno solo los seres que otras culturas habían previamente diferenciado. Esta simplificación conceptual conlleva una carencia de rasgos formales y atributos iconográficos específicos que dificulta notablemente su distinción y clasificación. A excepción de Lucifer/Satanás y Leviatán, el resto de nombres atribuidos al Diablo no han sido objeto de una concreción icónica precisa ni han tenido un rol significativo en su desenvolvimiento –que no evolución– visual. El grueso del volumen se divide en dos grandes secciones. En primer lugar, se centra en la visualidad occidental del Diablo y los demonios, al margen de sus actividades en relación con la humedad, que es objeto de estudio de la segunda parte.

La primera sección, dedicada a «Lo demoníaco en la visualidad de Occidente», plantea la dificultad que supone la carencia de imágenes en el arte paleocristiano para la configuración de la representación del Diablo, por lo que se tiene que recurrir a fuentes antiguas. En torno al milenio, en cambio, se incrementa el interés por la demonología que, pese a la imprecisión de la teología oficial, tiene como consecuencia un mayor y más variado número de imágenes, en las que predomina un aspecto animalístico o monstruoso, como se estudia en el último capítulo de esta sección. Al mismo tiempo, la popularización del tema explica su representación en medios más cercanos al pueblo, como los arquitectónicos. Cabe destacar, dada la metodología del presente estudio, interdisciplinar por definición, que no solo se ha tenido en cuenta, en la configuración de la tipología demoníaca medieval, otras tradiciones culturales como la Antigüedad clásica, la escatología islámica o el lejano Oriente; sino también fuentes literarias específicas, como el teatro y los autos sacramentales, que contribuirán a la caricaturización de la imagen demoníaca.

Como consecuencia del citado incremento icónica, se empieza a establecer una diferenciación visual entre el Diablo y el resto de demonios. No obstante, la representación del primero empieza a disminuir a partir del siglo XVI, para acabar refugiándose en el ámbito legendario y popular. Sin embargo, la distinción a la que antes nos referíamos no alcanza a

las numerosas denominaciones del Diablo, que difícilmente encuentran una clara concreción visual. A pesar de ello, se han podido fijar algunos tipos iconográficos pertenecientes a Lucifer, Satanás, Leviatán o Belcebú, entre otros; no sin antes establecer una categorización de diversos tipos, con numerosas variantes, de la Caída de los ángeles rebeldes. Por último, acorde con su multiplicidad, el Diablo es también un ser multiforme, lo que conlleva una indefinición morfológica que se ha tratado de sintetizar en el último capítulo de esta primera parte, dividiendo las imágenes entre aquellas en las que predomina la forma humana y las que, como hemos avanzado anteriormente, son el resultado de la hibridación entre humano y animal.

En la segunda parte del libro, se estudia la injerencia del Diablo en la vida del ser humano, en especial su actividad tentadora y, por encima de todo, su preferencia por incitar al pecado de la lujuria. En cuanto a la tentación demoníaca, se desarrolla en el segundo capítulo de esta parte, dividida entre tentación a los santos y en el lecho de muerte; mientras que las interacciones de carácter sexual entre demonios y humanos se tratan en el último capítulo, junto con otro tipo de relaciones entre ambos: el pacto con el Diablo y la misa negra. Para terminar, solo queda por remitir al lector a la segunda parte de este trabajo, *Los Demonios II. Bestiario, Música endiablada y Exorcismo*, que verá la luz el próximo año y que, con seguridad, será tan enriquecedor como el presente volumen.

María Elvira Mocholí Martínez
Universitat de València

